Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION 6315

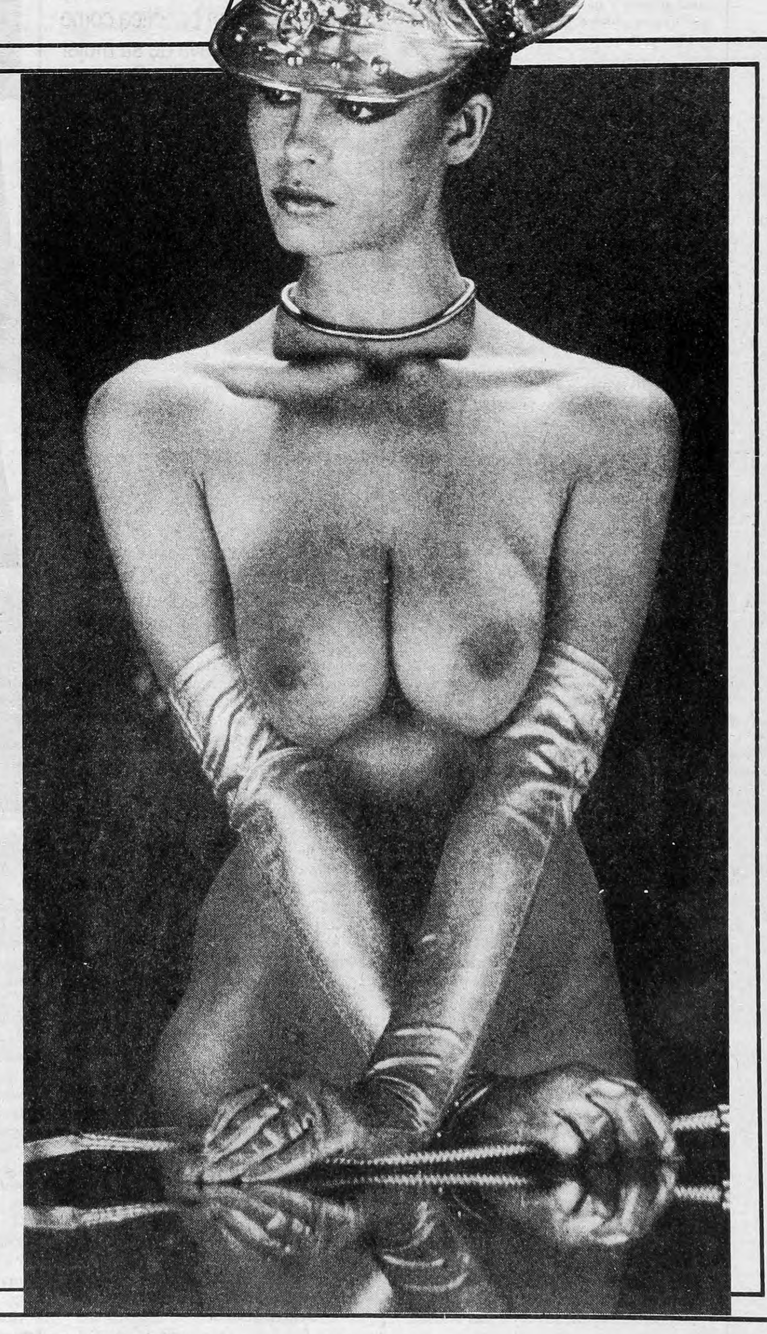
				B	R
				4	0
1	4	5	7	0	2
9	3	5	0	1	1
6	8	4	0	1	0
5	2	7	6	0	2
2	8	4	6	0	1

EL ASCENSO A LOS INFIERNOS

Página/2/3



Verano/'92



SANTIDAD

(Por Manuel Vicent) **Algunas raíces, semillas y flores tienen mucha santidad. Exprimiéndolas se extrae de ellas un aceite esencial que puede aplicarse al cuerpo humano mediante masajes e inhalaciones. El sándalo es bueno para la inseguridad, la rosa de Damasco para la aflicción, el pomelo para el resentimiento, el jazmín para la introversión, la manzanilla para la ira, el geranio para el odio, el romero para la memoria, el azahar para el sueño. La rosa común cura la impaciencia si se toma en forma de mermelada. Mientras el mundo se está preparando para celebrar un baile de máscaras bajo el resplandor del gas mostaza podrías alcanzar la perfección dándote unas friegas con el zumo natural que se deriva de ciertas plantas beneficiosas cuyo perfume irá en busca de tu alma por muy lejos que se halle. Leer un poema de Hölderlin junto al silencio de una infusión de salvia, contemplar la inmutable subida de un caracol hacia lo más alto del espliego, escuchar el leve crujido que libera la hierbaluisa cuando crece: en eso consiste Dios ahora. Ya no resulta místico azotarse con una soga de esparto recitando salmos de Isaías, sino formar un látigo con las primeras acelgas de la temporada y darse disciplina con ellas en la espalda cantando baladas de amor. Ha pasado de moda la metralla. La próxima guerra se hará con insecticidas, puesto que el hombre ha sido elevado al orden de las cucarachas. También con ciertas semillas venenosas, con el polen de todas las flores del mal se ceban hoy las bombas que luego caerán en medio de un baile de máscaras. Tal vez Satán es sólo la savia de esas plantas que han arraigado en tu interior. Tal vez Dios habita únicamente en la raíz de un arbusto y es posible convertirlo en un aceite esencial para darse con él toda clase de masajes, inhalaciones, gargarismos, infusiones y compresas. Bajo el sonido de todas las sirenas de Jersusalén morir tal vez consiste en aspirar a través de la careta de gas el perfume de los amores perdidos, de los deseos frustrados que en forma de semilla cada uno lleva dentro.**

LECTURAS



EL ASCENS A LOS INFIERN

Rodrigo Fresán nació en Buenos Aires en 1963. Trabaja en periodismo desde 1986 y su primer libro de ficción —"Historia Argentina" (Editorial Planeta)— fue publicado a mediados de 1991. Cree en pocas cosas, entre las que se cuentan la existencia cierta de un lector con necesidades atendibles, Saint John Cheever, los Big Macs de McDonald's, la idea de que la literatura puede ser una forma de feliz peregrinaje, The Kinks, y la presencia tan benéfica como definitiva de su mujer Claudia Gallegos. Lo que aquí se publica es un fragmento de "Vidas de los santos", libro en trámite que espera terminar más temprano que tarde, antes del Día de Acción de Gracias. Amén.

Por Rodrigo Fresán

El santo triunfa sobre el pecado. Sí, y pocos entre nosotros pueden emularlo. Y como amamos tanto al santo y queremos que se parezca más a nosotros, es entonces cuando decidimos atribuirle alguna imperfección.

Robertson Davies, Fifth Business

El es un fantasma ahora. El es, apenas, el humilde fantasma de un nombre y las cosas están bien así. El eficaz ejercicio del olvido —paradoja interesante— permite la práctica profesional del deporte de la memoria: flexiones con el pasado, vueltas carnero en blanco y negro; porque la habilidad de recordar en colores —a diferencia de cuando soñaba esas cosas tan raras— le estaba terminantemente prohibida. Volver a cero entonces, empezar de nuevo con pupilas limpias.

Recuerda y olvida y vuelve a recordar que las sotanas eran blancas y estaban construidas con el mismo liviano material de las hojas de palmera. Había llegado a esa ciudad huyendo de otra; como corresponde, como debe ser. Sin hacer demasiadas preguntas porque quién quiere en realidad arriesgarse a la inapelable y definitiva contundencia de una respuesta acertada. En cualquier caso, sus padres estaban demasiado ocupados cuestionándose —preguntando y respondiéndose al mismo tiempo— el porqué de sus vidas.

Y, ahora que lo piensa, tal vez por eso lo metieron pupilo en un colegio de curas.

La pileta de natación del colegio de curas, entonces.

Daniel Esperanto flota boca abajo, los brazos abiertos: su perfecta y eficaz imitación de ahogado en temporada baja. Llueve y Daniel flota bajo la lluvia. Siempre le gustó flotar bajo la lluvia, las gotas nubladas tecleándole la espalda, confundiendo la percepción del mundo: agua arriba, agua abajo y la consoladora sensación de ser —después de todo, después de tanto tiempo— el centro mismo del universo.

Es entonces cuando aparece Jesucristo. Hay un casi imperceptible cambio en la textura del aire, un resplandor de fuegos artificiales que rebota contra el fondo celeste de la pileta, un olor como de aeropuerto. Daniel se da cuenta de todo esto y se da vuelta con las precauciones de una ballena tímida. Ahora flota panza arriba —*¿de dónde salió esta panza?, el año pasado no existía*— y ahí está el tipo, parado al borde de la pileta, silbando con las manos en los bolsillos.

—Hey... —dice Jesús.

J.C. está vestido con una de esas ridículas camperas inflables, lleva el pelo largo atado en una trenza que le cae como un látigo hasta la mitad de la espalda, sonríe como un idiota. Puede que suene a blasfemia pero Daniel no puede evitar fijar su mirada en el sarro de los dientes del Nazareno.

—Sí —dice—, yo soy el que soy y todo eso.

—Yo también —contesta Daniel a todo ingenio bíblico.

—Quiero decir que soy el Mesías —insiste J.C.

—Claro, claro —dice Daniel—; puede sonar un poco impertinente pero quisiera alguna prueba de... bueno...

J.C. vuelve a sonreír, mira a sus costados.

—De acuerdo —dice.

Jesucristo haciendo la vertical. Sonriendo sin dejar de mostrar los dientes. Sarro. Daniel piensa en las bondades del flúor. Daniel nunca pudo hacer la vertical. De ahí su coartada para escaparles a las clases de Educación Física: columna vertebral desviada o algo por el estilo. Jesucristo lleva ya varios minutos haciendo la vertical y, de acuerdo, Daniel no puede evitar sentirse ligeramente impresionado pero, aun así, esto no es nada que su profesor de Educación Física hiperkinético y neonazi no pueda hacer.

—¡Ops! —exclama J.C. y con una delicada pirueta vuelve a estar sobre sus pies enfundados en pesadas botas de domesticador del Everest, 8800 metros de altura.

—¿Qué te pareció? —insiste J.C.

—Pssé... —Daniel mira para otro lado. En realidad empieza a sentir un poco de vergüenza ajena. Daniel siente vergüenza ajena casi todo el tiempo. No puede evitarlo, no le causa la menor gracia. La gente rara le da vergüenza ajena y el mundo está lleno de gente rara: fanáticos de Bob Hope, de Art Garfunkel, de Zeppo Marx, de A. J. Cronin.

—Si tuviera tiempo me sacaría los guantes para mostrarte mis santas llagas —ofrece J.C.— "Oración a la Santa Llaga de la Mano Izquierda de Nuestro Señor Jesucristo". Es una de mis favoritas. Si tuviera tiempo...

—Yo tengo tiempo —se entusiasma Daniel.

—Sí, pero yo no.

A Daniel le sorprende, le asusta, descubrir que J.C. se expresa igual que sus padres: *si tuviera tiempo...* y todo eso.

—¿Y cómo es todo allá arriba? —pregunta Daniel. Y su pregunta coincide con la irrupción de un relámpago sin trueno. J.C. mira hacia arriba y mastica algunas palabras en voz baja.

—¿Arriba? ¿Dónde?

—El Paraíso... todas esas cosas...

—Ah, eso... Es frío.

—¿Pero cómo es?

—Divertido, supongo que es divertido para los demás. Yo no puedo disfrutarlo mucho. Soy *casi* el dueño.

Jesucristo subraya la palabra *casi* y le guiña un ojo cómplice a Daniel.

—Es algo así —continúa— como un shopping-center...

Jesucristo vuelve a mirar para los costados, mira hacia arriba, silba otra vez.

—Bueno, me tengo que ir... ¿hay algo en que pueda ayudarte?

Daniel piensa en el siempre inminente divorcio de sus padres, en la horizontalidad de su abuelo enchufado a una máquina que no para de emitir ruidos de videogame, en las múltiples e inalcanzables curvas de las formidables hermanas Laloggia.

Daniel cierra los ojos y los abre. Al día siguiente, Daniel tiene un examen trimestral de Matemáticas y no ha estudiado nada. Y aunque hubiese estudiado no serviría de nada. Daniel no *puede* entender las incorrectamente llamadas *Ciencias exactas*. Es el mejor alumno en lo que se refiere a las materias ambiguamente conocidas como *Humanidades*. Daniel suma, resta, multiplica pero no puede dividir. Nunca pudo ni va a poder entender el universo de las matemáticas. En su descargo diré que se sabe al detalle las biografías de los grandes científicos y matemáticos de la humanidad pero hasta ahí llega: los respeta pero no los comprende, *nada* tiene sentido porque *nada* puede ser comprobado por Daniel.

Jesucristo lo mira fijo y suspira algo fastidiado mientras simula buscar la hora en un reloj que no existe.

—Sí —dice Daniel—, quiero ser el mejor alumno en Matemáticas, Física y Química.

—Hecho —dice J.C.

Y se va caminando bajo la lluvia.

Hundiendo sus botas *dentro* de los charcos y no caminando *sobre* ellos, no puede dejar de observar Daniel.

Bienvenidos, bienvenidos todos —gritan los carteles—; bienvenidos a la estación de los monzones.

Claro que al día siguiente Daniel Esperanto es aplazado sin piedad alguna por el padre Valentino, titular del departamento de Ciencias Exactas del colegio San Ignacio de Loyola.

Daniel contempla la hoja mimiografiada del examen, las preguntas. Ni siquiera consigue entender las preguntas. Daniel, que pasó toda la noche recorriendo las partes más interesantes de su rudimentaria educación religiosa y prometiendo a quien corresponda no pensar por un tiempo prudencial en las carnes jóvenes de las formidables hermanas Laloggia, vuelve a convertirse en el ateo profesional convenientemente blasfemo que nunca debió dejar de ser.

Afuera llueve, sigue lloviendo. El padre Valentino se contonea matemáticamente con sonrisa de buitre entre los desfiladeros de pupitres. Su mirada se detiene unos segundos en la hoja en blanco de Daniel. Sonríe. El padre Valentino odia a Daniel con todo su credo. No es posible la existencia de un alumno que descolle en todas las áreas menos en el reino de los polinomios del padre Valentino. El religioso no puede evitar considerar todo esto como una afrenta personal, una forma exquisita de burla diabólica, algo que merece ser exorcisado de los límites de San Ignacio sin mayor dilación. Cosa que está a punto de ocurrir: si Daniel no aprueba este examen —su última oportunidad para continuar en carrera— los reglamentos internos

EL ASCENSO A LOS INFIERNOS

Rodrigo Fresán nació en Buenos Aires en 1963. Trabaja en periodismo desde 1986 y su primer libro de ficción —"Historia Argentina" (Editorial Planeta)— fue publicado a mediados de 1991. Cree en pocas cosas, entre las que se cuentan la existencia cierta de un lector con necesidades atendibles, Saint John Cheever, los Big Macs de McDonald's, la idea de que la literatura puede ser una forma de feliz peregrinaje, The Kinks, y la presencia tan benéfica como definitiva de su mujer Claudia Gallegos.
Lo que aquí se publica es un fragmento de "Vidas de los santos", libro en trámite que espera terminar más temprano que tarde, antes del Día de Acción de Gracias. Amén.

Por Rodrigo Fresán

El santo triunfa sobre el pecado. Sí, y pocos entre nosotros pueden emularlo. Y como amamos tanto al santo y queremos que se parezca más a nosotros, es entonces cuando decidimos atribuirle alguna imperfección.

Robertson Davies,
Fifth Business

El es un fantasma ahora. El es, apenas, el humilde fantasma de un nombre y las cosas están bien así. El eficaz ejercicio del olvido —paradoja interesante— permite la práctica profesional del deporte de la memoria: flexiones con el pasado, vueltas carnero en blanco y negro; porque la habilidad de recordar en colores —a diferencia de cuando soñaba esas cosas tan raras— le estaba terminantemente prohibida. Volver a cero entonces, empezar de nuevo con pupilas limpias.

Recuerda y olvida y vuelve a recordar que las sotanas eran blancas y estaban construidas con el mismo liviano material de las hojas de palmera. Había llegado a esa ciudad huyendo de otra; como corresponde, como debe ser. Sin hacer demasiadas preguntas porque quién quiere en realidad arriesgarse a la inapelable y definitiva contundencia de una respuesta acertada. En cualquier caso, sus padres estaban demasiado ocupados cuestionándose —preguntando y respondiéndose al mismo tiempo— el porqué de sus vidas.

Y, ahora que lo piensa, tal vez por eso lo metieron pupilo en un colegio de curas.

La pileta de natación del colegio de curas, entonces.

Daniel Esperanto flota boca abajo, los brazos abiertos: su perfecta y eficaz imitación de ahogado en temporada baja. Llueve y Daniel flota bajo la lluvia. Siempre le gustó flotar bajo la lluvia, las gotas nubladas tecleándole la espalda, confundiendo la percepción del mundo: agua arriba, agua abajo y la consoladora sensación de ser —después de todo, después de tanto tiempo— el centro mismo del universo.

Es entonces cuando aparece Jesucristo. Hay un casi imperceptible cambio en la textura del aire, un resplandor de fuegos artificiales que rebota contra el fondo celeste de la pileta, un olor como de aeropuerto. Daniel se da cuenta de todo esto y se da vuelta con las precauciones de una ballena tímida. Ahora flota panza arriba *—¿de dónde salió esta panza?, el año pasado no existía—* y ahí está el tipo, parado al borde de la pileta, silbando con las manos en los bolsillos.

—Hey... —dice Jesús.

J.C. está vestido con una de esas ridículas camperas inflables, lleva el pelo largo atado en una trenza que le cae como un látigo hasta la mitad de la espalda, sonríe como un idiota. Puede que suene a blasfemia pero Daniel no puede evitar fijar su mirada en el sarro de los dientes del Nazareno.

—Sí —dice—, yo soy el que soy y todo eso.

—Yo también —contesta Daniel a todo ingenio bíblico.

—Quiero decir que soy el Mesías —insiste J.C.

—Claro, claro —dice Daniel—; puede sonar un poco impertinente pero quisiera alguna prueba de... bueno...

J.C. vuelve a sonreír, mira a sus costados.

—De acuerdo —dice.

Jesucristo haciendo la vertical. Sonriendo sin dejar de mostrar los dientes. Sarro. Daniel piensa en las bondades del flúor. Daniel nunca pudo hacer la vertical. De ahí su coartada para escaparles a las clases de Educación Física: columna vertebral desviada o algo por el estilo. Jesucristo lleva ya varios minutos haciendo la vertical y, de acuerdo, Daniel no puede evitar sentirse ligeramente impresionado pero, aun así, esto no es nada que su profesor de Educación Física hiperkinético y neonazi no pueda hacer.

—¡Ops! —exclama J.C. y con una delicada pirueta vuelve a estar sobre sus pies enfundados en pesadas botas de domesticador del Everest, 8800 metros de altura.

—¿Qué te pareció? —insiste J.C.

—Pssé... —Daniel mira para otro lado. En realidad empieza a sentir un poco de vergüenza ajena. Daniel siente vergüenza ajena casi todo el tiempo. No puede evitarlo, no le causa la menor gracia. La gente rara le da vergüenza ajena y el mundo está lleno de gente rara: fanáticos de Bob Hope, de Art Garfunkel, de Zeppo Marx, de A. J. Cronin.

—Si tuviera tiempo me sacaría los guantes para mostrarte mis santas llagas —ofrece J.C.— "Oración a la Santa Llaga de la Mano Izquierda de Nuestro Señor Jesucristo". Es una de mis favoritas. Si tuviera tiempo...

—Yo tengo tiempo —se entusiasma Daniel.

—Sí, pero yo no.

A Daniel le sorprende, le asusta, descubrir que J.C. se expresa igual que sus padres: *si tuviera tiempo...* y todo eso.

—¿Y cómo es todo allá arriba? —pregunta Daniel. Y su pregunta coincide con la irrupción de un relámpago sin trueno. J.C. mira hacia arriba y mastica algunas palabras en voz baja.

—¿Arriba? ¿Dónde?

—El Paraíso... todas esas cosas...

—Ah, eso... Es frío.

—¿Pero cómo es?

—Divertido, supongo que es divertido para los demás. Yo no puedo disfrutarlo mucho. Soy *casi* el dueño.

Jesucristo subraya la palabra *casi* y le guiña un ojo cómplice a Daniel.

—Es algo así —continúa— como un shopping-center...

Jesucristo vuelve a mirar para los costados, mira hacia arriba, silba otra vez.

—Bueno, me tengo que ir... ¿hay algo en que pueda ayudarte?

Daniel piensa en el siempre inminente divorcio de sus padres, en la horizontalidad de su abuelo enchufado a una máquina que no para de emitir ruidos de videogame, en las múltiples e inalcanzables curvas de las formidables hermanas Laloggia.

Daniel cierra los ojos y los abre. Al día siguiente, Daniel tiene un examen trimestral de Matemáticas y no ha estudiado nada. Y aunque hubiese estudiado no serviría de nada. Daniel no *puede* entender las incorrectamente llamadas *Ciencias exactas*. Es el mejor alumno en lo que se refiere a las materias ambiguamente conocidas como *Humanidades*. Daniel suma, resta, multiplica pero no puede dividir. Nunca pudo ni va a poder entender el universo de las matemáticas. En su descargo diré que se sabe al detalle las biografías de los grandes científicos y matemáticos de la humanidad pero hasta ahí llega: los respeta pero no los comprende, *nada* tiene sentido porque *nada* puede ser comprobado por Daniel.

Jesucristo lo mira fijo y suspira algo fastidiado mientras simula buscar la hora en un reloj que no existe.

—Sí —dice Daniel—, quiero ser el mejor alumno en Matemáticas, Física y Química.

—Hecho —dice J.C.

Y se va caminando bajo la lluvia.

Hundiendo sus botas *dentro* de los charcos y no caminando *sobre* ellos, no puede dejar de observar Daniel.

Bienvenidos, bienvenidos todos —gritan los carteles—; bienvenidos a la estación de los monzones.

Claro que al día siguiente Daniel Esperanto es aplazado sin piedad alguna por el padre Valentino, titular del departamento de Ciencias Exactas del colegio San Ignacio de Loyola.

Daniel contempla la hoja mimiografiada del examen, las preguntas. Ni siquiera consigue entender las preguntas. Daniel, que pasó toda la noche recorriendo las partes más interesantes de su rudimentaria educación religiosa y prometiendo a quien corresponda no pensar por un tiempo prudencial en las carnes jóvenes de las formidables hermanas Laloggia, vuelve a convertirse en el ateo profesional convenientemente blasfemo que nunca debió dejar de ser.

Afuera llueve, sigue lloviendo. El padre Valentino se contonea matemáticamente con sonrisa de buitre entre los desfiladeros de pupitres. Su mirada se detiene unos segundos en la hoja en blanco de Daniel. Sonríe. El padre Valentino odia a Daniel con todo su credo. No es posible la existencia de un alumno que descolle en todas las áreas menos en el reino de los polinomios del padre Valentino. El religioso no puede evitar considerar todo esto como una afrenta personal, una forma exquisita de burla diabólica, algo que merece ser exorcisado de los límites de San Ignacio sin mayor dilación. Cosa que está a punto de ocurrir: si Daniel no aprueba este examen —su última oportunidad para continuar en carrera— los reglamentos internos de la institución determinarán su limpia y veloz expulsión de tan afamado establecimiento educativo/religioso. Ese día, piensa el padre Valentino, sonarán las campanas para saludar la partida del engendro.

Mientras tanto y hasta este momento —cuenta la leyenda— el padre Valentino no dejó pasar noche sin trepar al campanario de la vieja iglesia para espiar los giros y maniobras de las jóvenes parejas arrancándose la virginidad a mordiscos en la plaza de al lado. Valentino descubre, claro, a varios de sus alumnos gravitando con pericia primal entre las piernas de perfectas señoritas de la alta sociedad local que bien pueden ser, por citar un mínimo ejemplo, las formidables hermanas Laloggia. La música de los mosquitos no alcanza a sofocar la sinfonía de huesos en tensión y el almibarado oratorio de jadeos y gemidos. Pecadores mortales. Por suerte, una forma de ensayo general de Castigo Divino se hace meteorología mojada con la llegada de los monzones. Entonces las aguas arrastran los profilácticos usados hacia las alcantarillas y de ahí —piensa el padre Valentino— se precipitan, rebosantes de pútrida semilla, directo y sin escalas hasta el mismísimo infierno.

Daniel firma la hoja en blanco, entrega, sale.

Llueve, por supuesto.

Imposible distinguir dónde empieza una y termina otra, cuál es cuál de las formidables hermanas Laloggia. ¿Cuál es Rin? ¿Cuál es Ronna? ¿Cuál es Runna? A nadie parece importarle a esta altura de los acontecimientos. A nadie salvo a mí que —por deformación personal y por ser el encargado de volver comprensible esta historia ligeramente desproporcionada— me veo obligado a mirar todo de cerca, lo más cerca posible, más cerca todavía.

Si ustedes tuvieran la oportunidad de verlas como yo las veo ahora; si tuvieran acceso a esta ventana estratégicamente ubicada sobre el parque (las miro con todas las luces apagadas, así soy una sombra en las sombras moviendo, apenas, este maravilloso bolígrafo con lamparita incorporada que me regaló mi mujer. Así, el haz de letras surge de un haz de luz amarilla, la misma luz que rompe el negro de una carretera vacía), si las vieran como yo las veo y no como las escribo; entonces quizás lo comprenderían todo.

Las formidables hermanas Laloggia no se mueven bajo la lluvia sino que bailan junto con la lluvia, como si la lluvia les perteneciera. Impermeables. La lluvia es para ellas lo mismo que la florida cortina de una ducha para el resto de la humanidad. No haría falta agregar que están desnudas y que sin darse cuenta reviven las intenciones sabáticas de algún grabado de Goya de no ser porque oculto en la frondosa copa de aquel árbol se encuentra el joven Daniel Esperanto —flamante expulsado de respetable institución religiosa— y más allá, parado sobre una de sus piernas, los brazos en cruz, manteniendo un admirable equilibrio sobre el borde de una cornisa, sonríe alguien a quien he presentado como J.C. alias Jesucristo alias rey de reyes alias aquel que está sentado a la derecha de Dios Padre.

Tanto Daniel como J.C. contemplan la desnudez de las formidables hermanas Laloggia.

—¡Dios mío! —piensa Daniel—. ¡Están desnudas!

J.C. piensa que, sí, están desnudas pero evita la parte del *¡Dios mío!* por considerarla redundante.

Un mensaje de nuestro Santo Patrono, de nuestro beatífico y generoso patrocinador:

Magic Pen, el recurso ideal para todo escritor que se mueve a oscuras. *Magic Pen*, la lapicera con luz incorporada, el refugio del escriba insomne, la espada flamígera para aquel que trabaja mientras la ciudad duerme.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta mi mujer desde su lado de la cama. Tiene los ojos hinchados porque esta noche ha llorado mucho: mi mujer está leyendo la autobiografía de Lauren Bacall y, después de muchas postergaciones, llegó a la parte donde muere Bogart.

—Estoy escribiendo... —le digo con mi mejor sonrisa.

—Espero que no hayas vuelto con el asunto ese de Daniel...

—No —miento—, estoy escribiendo un artículo que me pidieron para una revista, algo sobre el inminente fin del milenio y...

Pero mi mujer duerme otra vez. Por el delicado temblor de sus párpados puedo adivinar que sueña con la película *To Have and Have Not*. Con Bogart & Bacall. Con la justamente célebre escena del fósforo.

Apago mi preciada *Magic Pen* como quien apaga un fósforo; cómo me gustaría apagar de una buena vez por todas la historia de Daniel Esperanto y todas las historias que se desprendieron de su nombre con potencia de incendio forestal. Me gustaría verlas convertirse en un hilo de humo, en un olor que se escapa y desaparece con sólo abrir una ventana antes de que el fuego se extienda y gane esta cama. Pero no es tan fácil. Ciertos exorcismos requieren de la participación activa del poseído y sólo recordando todo podré acceder al confortable penthouse del olvido. De ahí que —creo haberlo explicado— yo me haya olvidado de todo para recordar todo para olvidar para siempre. Tres movimientos sinfónicos entonces.

Pero antes de seguir encuentro conveniente preguntarme quién soy yo porque, ah, yo soy *tantas* personas. Soy un esposo fiel, un lector atento, un escritor a quien muchos no vacilan en calificar de mercenario y —ni siquiera mi mujer sabe esto— un miembro secreto de la sagrada orden de los Bolandistas.

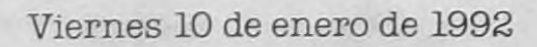
Seré breve y no entraré en detalles; me limitaré a consignar aquí que los Bolandistas somos un selecto grupo de jesuitas cuya misión especial es la de recopilar toda la información disponible sobre las vidas de los santos en su formidable *Acta Sanctorum*; archivo en el que venimos trabajando por encima de guerras y pestes desde que John van Bolland comenzó en algún lugar de 1643. Ya llevamos sesenta y nueve volúmenes de los que anualmente se extrae una suerte de resumen para legos conocido como *Analecta Bollandiana*.

Pero, se preguntarán, qué hace un jesuita en la misma cama de una mujer que lee la odisea de una actriz de Hollywood. Nada es del todo perfecto: la existencia de un orden ideal es un deseo largamente descartado por imposible y la Coca-Cola en botella de plástico —misterio— pierde el gas más rápido que la Coca-Cola en botella de vidrio.

Alcance por el momento con decir que soy un cazador de santos.

Superado este didáctico paréntesis, me permito regresar a la palpable expectación de un público al que apenas veo pero intuyo numeroso. El padre Valentino, las formidables hermanas Laloggia, JC., varias decenas de cadáveres y la sonrisa torcida de Daniel Esperanto flamean sobre las butacas de mi memoria. El tema que nos convoca bien puede ser la estudiada construcción de un santo o la imprevisible arquitectura de un asesino serial. Y, claro, no son temas fáciles.

No hay temas fáciles. Nunca los hubo.
Vuelvo a encender mi *Magic Pen*.
Tinta color verde.
El show debe seguir.



Viernes 10 de enero de 1992



SO

NOS

de la institución determinarán su limpia y veloz expulsión de tan afamado establecimiento educativo/religioso. Ese día, piensa el padre Valentino, sonarán las campanas para saludar la partida del engendro.

Mientras tanto y hasta este momento —cuenta la leyenda— el padre Valentino no dejó pasar noche sin trepar al campanario de la vieja iglesia para espiar los giros y maniobras de las jóvenes parejas arrancándose la virginidad a mordiscos en la plaza de al lado. Valentino descubre, claro, a varios de sus alumnos gravitando con pericia primal entre las piernas de perfectas señoritas de la alta sociedad local que bien pueden ser, por citar un mínimo ejemplo, las formidables hermanas Laloggia. La música de los mosquitos no alcanza a sofocar la sinfonía de huesos en tensión y el almibarado oratorio de jadeos y gemidos. Pecadores mortales. Por suerte, una forma de ensayo general de Castigo Divino se hace meteorología mojada con la llegada de los monzones. Entonces las aguas arrastran los profilácticos usados hacia las alcantarillas y de ahí —piensa el padre Valentino— se precipitan, rebosantes de pútrida semilla, directo y sin escalas hasta el mismísimo infierno.

Daniel firma la hoja en blanco, entrega, sale.

Llueve, por supuesto.

Imposible distinguir dónde empieza una y termina otra, cuál es cuál de las formidables hermanas Laloggia. ¿Cuál es Rin? ¿Cuál es Ronna? ¿Cuál es Runna? A nadie parece importarle a esta altura de los acontecimientos. A nadie salvo a mí que —por deformación personal y por ser el encargado de volver comprensible esta historia ligeramente desproporcionada— me veo obligado a mirar todo de cerca, lo más cerca posible, más cerca todavía.

Si ustedes tuvieran la oportunidad de verlas como yo las veo ahora; si tuvieran acceso a esta ventana estratégicamente ubicada sobre el parque (las miro con todas las luces apagadas, así soy una sombra en las sombras moviendo, apenas, este maravilloso bolígrafo con lamparita incorporada que me regaló mi mujer. Así, el haz de letras surge de un haz de luz amarilla, la misma luz que rompe el negro de una carretera vacía), si las vieran como yo las veo y no como las escribo, entonces quizás lo comprenderían todo.

Las formidables hermanas Laloggia no se mueven bajo la lluvia sino que bailan junto con la lluvia, como si la lluvia les perteneciera. Impermeables. La lluvia es para ellas lo mismo que la florida cortina de una ducha para el resto de la humanidad. No haría falta agregar que están desnudas y que sin darse cuenta reviven las intenciones sabáticas de algún grabado de Goya de no ser porque oculto en la frondosa copa de aquel árbol se encuentra el joven Daniel Esperanto —flamante expulsado de respetable institución religiosa— y más allá, parado sobre una de sus piernas, los brazos en cruz, manteniendo un admirable equilibrio sobre el borde de una cornisa, sonríe alguien a quien he presentado como J.C. alias Jesucristo alias rey de reyes alias aquel que está sentado a la derecha de Dios Padre.

Tanto Daniel como J.C. contemplan la desnudez de las formidables hermanas Laloggia.

—¡Dios mío! —piensa Daniel—. ¡Están desnudas!

J.C. piensa que, sí, están desnudas pero evita la parte del *¡Dios mío!* por considerarla redundante.

Un mensaje de nuestro Santo Patrono, de nuestro beatífico y generoso patrocinador:

Magic Pen, el recurso ideal para todo escritor que se mueve a oscuras. *Magic Pen*, la lapicera con luz incorporada, el refugio del escriba insomne, la espada flamígera para aquel que trabaja mientras la ciudad duerme.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta mi mujer desde su lado de la cama. Tiene los ojos hinchados porque esta noche ha llorado mucho: mi mujer está leyendo la autobiografía de Lauren Bacall y, después de muchas postergaciones, llegó a la parte donde muere Bogart.

—Estoy escribiendo... —le digo con mi mejor sonrisa.

—Espero que no hayas vuelto con el asunto ese de Daniel...

—No —miento—, estoy escribiendo un artículo que me pidieron para una revista, algo sobre el inminente fin del milenio y...

Pero mi mujer duerme otra vez. Por el delicado temblor de sus párpados puedo adivinar que sueña con la película *To Have and Have Not*. Con Bogart & Bacall. Con la justamente célebre escena del fósforo.

Apago mi preciada *Magic Pen* como quien apaga un fósforo; cómo me gustaría apagar de una buena vez por todas la historia de Daniel Esperanto y todas las historias que se desprendieron de su nombre con potencia de incendio forestal. Me gustaría verlas convertirse en un hilo de humo, en un olor que se escapa y desaparece con sólo abrir una ventana antes de que el fuego se extienda y gane esta cama. Pero no es tan fácil. Ciertos exorcismos requieren de la participación activa del poseído y sólo recordando todo podré acceder al confortable penthouse del olvido. De ahí que —creo haberlo explicado— yo me haya olvidado de todo para recordar todo para olvidar para siempre. Tres movimientos sinfónicos entonces.

Pero antes de seguir encuentro conveniente preguntarme quién soy yo porque, ah, yo soy *tantas* personas. Soy un esposo fiel, un lector atento, un escritor a quien muchos no vacilan en calificar de mercenario y —ni siquiera mi mujer sabe esto— un miembro secreto de la sagrada orden de los Bolandistas.

Seré breve y no entraré en detalles; me limitaré a consignar aquí que los Bolandistas somos un selecto grupo de jesuitas cuya misión especial es la de recopilar toda la información disponible sobre las vidas de los santos en su formidable *Acta Sanctorum*; archivo en el que venimos trabajando por encima de guerras y pestes desde que John van Bolland comenzó en algún lugar de 1643. Ya llevamos sesenta y nueve volúmenes de los que anualmente se extrae una suerte de resumen para legos conocido como *Analecta Bollandiana*.

Pero, se preguntarán, qué hace un jesuita en la misma cama de una mujer que lee la odisea de una actriz de Hollywood. Nada es del todo perfecto: la existencia de un orden ideal es un deseo largamente descartado por imposible y la Coca-Cola en botella de plástico —misterio— pierde el gas más rápido que la Coca-Cola en botella de vidrio.

Alcance por el momento con decir que soy un cazador de santos.

Superado este didáctico paréntesis, me permito regresar a la palpable expectación de un público al que apenas veo pero intuyo numeroso. El padre Valentino, las formidables hermanas Laloggia, JC., varias decenas de cadáveres y la sonrisa torcida de Daniel Esperanto flamean sobre las butacas de mi memoria. El tema que nos convoca bien puede ser la estudiada construcción de un santo o la imprevisible arquitectura de un asesino serial. Y, claro, no son temas fáciles.

No hay temas fáciles. Nunca los hubo.
Vuelvo a encender mi *Magic Pen*.
Tinta color verde.
El show debe seguir.

LA PORTADORA

7. Bajo el espejo

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

En el espejo del techo Claudio y Viviana están desnudos. Claudio ve, arriba, su mano derecha subir por el cuerpo de Viviana, jugar un momento en la nada del ombligo, buscar las tetas, las tetitas, le dice Claudio a la Viviana del espejo, ella desde abajo ve el movimiento de sus labios allá arriba y se vuelve hacia él. Claudio la mira en el espejo mirarlo sin espejo; en el espejo ve su propia mano sobre la teta tetita. Viviana lo mira, con los labios juntos besa su mejilla, él no vuelve la cara. Claudio ve en el techo el perfil de Viviana que acerca sus labios a labios de hombre, los suyos.

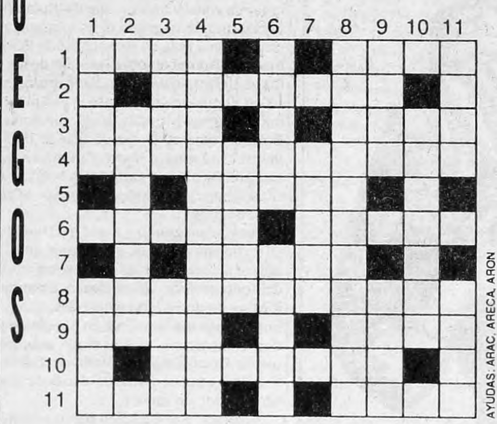
Hace un rato, en un bar, Viviana, como si tirase a una fuente una moneda que era ella misma, dijo a Claudio que es portadora del mal, y apartó la vista, de manera que Claudio pudiera componer su máscara. Y, ya en confidencia, Claudio habló de su madre, del esposo de su madre, de su casa intolerable. Y también le dijo que existe otra, Marta: ayer estuve con ella y todo el tiempo pensaba en vos.

Ahora Viviana en el espejo queda tapada para Claudio por la cara de Viviana: los ojos en los ojos, los labios, el aliento claro, y él se aparta. No puedo. Ella lo mira pensativa, siente un raro alivio de que sea él, no ella, quien rechaza el beso. "Cuando se enamore de mí me va a besar", piensa como si su vida fuese un folletín. La mano de Claudio ha quedado tímida junto al cuerpo de Viviana. Ella vuelve a ponerla sobre la teta tetita, y su gesto suelta el resorte del deseo de Claudio que se aprieta contra ella, ahora rodea con sus labios el pezón alto y su mano baja al vientre, los pendejos, los pendejitos, dice, su mano va a los muslos que se abren, rodea el sexo como si jugara a demorar el contacto, la mano de Claudio está a la deriva. Viviana casi sin amargura se vuelve hacia él. Le acaricia el pelo largo sobre la frente. Claudio de espaldas vuelve a ver en el espejo la chica cuyas manos bajan por los costados del hombre. Con la timidez de la primera vez la mano de Viviana se detiene en la cintura, él guía la mano de ella con la suya y ella siente erguirse el sexo del hombre entre sus dedos, él vuelve a besar a lamer la teta, tetita, y se detiene. Con cierta vacilación, va a buscar algo en el bolsillo de su pantalón junto a la cama. Ella toma de las manos del hombre el pequeño sobre cuadrado y lo rasga ayudándose con sus dientes perfectos; al mirarla hacer eso, el deseo del hombre aumenta. El sexo de él late; Viviana lo toma con suavidad para cubrirlo, y entonces, por sentir que él siente en ella la experiencia, cae en un remolino de vergüenza. Ahora Viviana podría quebrarse, podría morir, pero él le alza la barbilla dulcemente como cuando la besó en la plaza, y la abraza con tanta ternura, y Viviana está por un momento en paz. Lo besa; con precaución de no asustarlo besa con labios juntos el cuello, los hombros, el pecho. Entonces piensa en la otra, Marta, la que sí puede besarlo. Desde el espejo viene a ella su propio cuerpo desnudo. Debe luchar con la otra que tiene el arma del beso. Su boca entrebierta va por el cuerpo del hombre, lo olfatea como un animal, como una perra, piensa ella que él piensa de ella y esto la alza, Claudio la ve en el espejo, de bruces, recorriéndolo, la caricia incompleta lo enardece, con dientes apretados él toca la espalda, las nalgas, el culo de la mujer, y desde allí, su mano avanza hacia adelante entre las piernas hasta el líquido donde él siente nadar las pequeñas ballenas del mal, y todos sus asuntos propios se revelan vanos, naufragan en el agua emponzoñada, deliciosa; de espaldas al espejo, él entra en el recinto negro.

(Continuará.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA • Once por once



AYUDAS: ARAC, ARECA, ARON

HORIZONTALES

1. Del color de la sangre (fem.)./ Fondeadero.
2. Consentir, condescender.
3. Primera porción del tubo digestivo./ Remar hacia atrás.
4. Que tiene cualidad de caramelo.
5. Derribe, derrote.
6. Especie de palma de Filipinas./ Ciudad de Italia.
7. Relativa al oído.
8. Que analiza (fem.).
9. Extraña, poco común./ Río de Alemania y Polonia.
10. Amará con extremo.
11. Fundador del imperio persa./ Cocinan a las brasas.

VERTICALES

1. Ribazo, ribera./ Licor de Oriente.
2. Instrumento musical de viento.
3. Caballo de poca alzada./ Labrar.
4. De forma de caracol.
5. Derroté.
6. Conjunto de quinientos pliegos de papel./ Subirá algo tirando de una cuerda.
7. Moral.
8. Que reclama (fem.).
9. Composición musical para una sola voz./ Composición lírica (pl.).
10. Tributaré elogios inmerecidos.
11. Prefijo: aire./ Planta aroidea.

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas

Peso que se resta por el envase (pl.) / Pez teleósteo del Artico / Memoria de un ordenador / Pronombre demostrativo / Detestar / Hable en público

Cantinero / Rememora / Rey noruego / Existir / Repara / Garantía / Cabeza de ganado / Consonante / Metal precioso / Del solar / Especie de infusión / Dios del hogar / Nave / Líquido de leche cuajada

AYUDAS: Bacalao; Olaf

SOLUCIONES

